

Cortejo barroco

Durante muchos años, como coordinador del curso de Cultura del Cuerpo, me tocó trabajar con el arquitecto Manuel Casanueva en la invención y producción de los famosos torneos. Recuerdo uno en particular, que me interesa de manera especial por el impacto que tuvo en la época en que se hizo: el «Cortejo barroco» —que después fue renombrado por Manuel como «Giro y realce de triple cortejo sobre volutas»—, realizado por la Escuela en **1975**, en una cancha de tierra que pertenecía a la refinería de azúcar de Viña del Mar (Crav), ubicada en la calle 7 Norte, en una zona central de la ciudad.

El juego se basaba en el equilibrio y la sincronía de caminar sobre zancos, un desafío bastante complicado, porque aquellos medían dos metros cuarenta de altura y elevaban el cuerpo unos sesenta centímetros arriba del suelo. Los aparatos tenían una especie de marco hecho de tela con los colores primarios: azul, rojo y amarillo, y en la superficie de la cancha se trazaron unos dibujos con tiza en forma de espiral por donde los jugadores debían transitar siguiendo las curvas, sin salirse de la línea ni caerse. Todo era acompañado de una banda con bombo que marcaba el ritmo.

Era un evento raro que a simple vista, dado el contexto político que se vivía en Chile, podía tomarse fácilmente por una provocación o al menos considerarse una actividad sospechosa.

El torneo estaba fijado para un miércoles a las diez de la mañana, pero a eso de las nueve empezaron a llegar los participantes con sus zancos y telas de colores. Era complicado trasladar esos implementos por el tamaño que tenían. La mayoría de los estudiantes circularon por las calles llevándolos al hombro, porque no cabían en las micros y eran pocos los que contaban con un medio de transporte propio.

Ese día estábamos con Manuel desde temprano en la cancha organizando los detalles del juego cuando de pronto escuchamos unas sirenas de coches policiales y al instante aparecieron dos furgones de carabineros. Me adelanté a la situación como interlocutor para evitar un posible conflicto. Como hijo de un oficial de carabineros, conocía los grados y el modo de tratar con ellos. La entrada del teniente fue bastante ruda, no entendía lo que pasaba y menos por qué los jóvenes portaban banderolas rojas. Le conté que se trataba de una actividad académica y lo invité a que a las diez de la mañana volviera a presenciar el acto. Me miró desconfiado, pero aceptó mi oferta. A las diez en punto estaba de vuelta escoltado por los mismos radiopatrullas y se instaló en la gradería en calidad de espectador, y para nuestra sorpresa terminó encantado con el espectáculo.

Siempre que paso por esa zona donde ahora hay un supermercado, me acuerdo de ese día y, por supuesto, de Manuel, y de todas las aventuras que compartimos en torno a los torneos. Éramos bien antagónicos: él era muy osado y yo velaba por la seguridad de los alumnos, y esas diferencias fueron siempre mediadas por Fabio Cruz.

Carlos Navarrete Anguita